

Colección

seguido de

La avaricia

GÉRARD WAJCMAN

Colección

seguido de

La avaricia

MANANTIAL
Buenos Aires

Título original: *Collection suivie de L'avarice*
Nous
© Nous, 1999

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

TRADUCCIÓN: IRENE AGOFF

Wajcman, Gérard
Colección seguido de la avaricia. - 1a ed. - Buenos Aires : Manantial,
2010.
112 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-500-147-3

1. Psicoanálisis. I. Título
CDD 150.195

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2010, de la traducción y de la edición en castellano,
Ediciones Manantial SRL
Avda. de Mayo 1365, 6° piso
(1085) Buenos Aires, Argentina
Tel: (54-11) 4383-7350 / 4383-6059
info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

Derechos reservados

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

La colección	9
La avaricia	71
Notas	105

LA COLECCIÓN

(EXPOSICIÓN DE LA COLECCIÓN DE SETENTA
Y CUATRO COMENTARIOS SUELTOS DE GW
SOBRE LA COLECCIÓN)

Hace algunos años, un alma inspirada me invitó a poner en ejercicio un «psicoanálisis de la colección». Sonaba raro al oído; si el propósito era engrosar el diván, se habría esperado más bien una fórmula tipo «psicoanálisis del coleccionista». Pero no. Ignoro lo que esta alma tenía en mente pero, una vez aligerado el convite de su ambición excesiva y de su aspecto un tanto «psicoanálisis aplicado», del que me considero un vituperador profesional, al fin de cuentas este programa que hace resaltar el objeto de mi preocupación, el objeto, justamente, me va como un guante. Saludo, pues, al espíritu sutil que me entronizó un día como psicoanalista de perros de porcelana y como terapeuta de guantes, glaseados, perfumados y de esgrima.

1 Nunca recibí coleccionistas en mi diván –me refiero a coleccionistas severos que vinieran a consultar asfixiados por sus colecciones–. Esto bastaría para prevenirse: si alguien se babea ante la idea de que le obsequiarán aquí apetitosos filetes de clínica para asegurarse de que coleccionar es neurosis obsesiva o perversión viciosa, tendrá que quedarse en ayunas.

2 Sea como fuere, la elección está hecha: más que volverse hacia el coleccionista para sondear en los recovecos de su alma –según aquel tropismo psicológico que se orientaba a los umbríos fondos de las cajas craneanas–, inclinarse sobre la colección, considerar primero los objetos, lo que ellos son, y el sistema de los objetos colocados juntos. El movimiento es acechar la verdad por el lado de los objetos visibles de la colección, más que buscarla en los repliegues del cerebro del coleccionista. Persiste en mí la angustia febril de saber si los objetos inanimados tienen un alma; en cambio, estoy convencido de que la de los coleccionistas se extiende a más y mejor en sus colecciones. Penetrar los misterios del alma humana exige saber, sobre todo, si tiene una buena vista.

3 Proyéctemonos interiormente el film *La regla del juego* de Jean Renoir. Dalio interpreta un personaje, el marqués de La Chesnaye, coleccionista de objetos: cajas de música, organillos. Veamos la escena en la que revela su último descubrimiento a un público bastante numeroso: una caja de música particularmente bella. En ese momento, dice Lacan, el personaje se encuentra en la posición del pudor: está molesto, enrojece, se disimula. Desaparece. Lo que mostró, lo mostró. Pero ¿cómo comprender, manifestada aquí al extremo, esta pasión del coleccionista por el objeto? Es que hay como un surgimiento. Lo que el sujeto delata en su perturbación es un punto de sí mismo, de lo más íntimo de sí mismo. Lo que la caja de música lleva consigo es, justamente, algo que él no puede revelar, ni siquiera a sí mismo: algo que está justo al borde del mayor de los secretos. La colección, misteriosamente, revela.

4 Digámoslo de otra manera. La inquietud o la simple curiosidad instarán a preguntar: «¿Qué quiere decir

coleccionar?»). Pero la pregunta, que no toma precauciones, elide lo esencial: que la mayoría de las veces lo que motiva a un coleccionista es un objeto particular, aunque pueda cambiarlo, este y no otro, un objeto único aureolado por un encanto propio, exclusivo, que lanza a cualquier otro objeto, a todos los otros objetos a la bruma de la indiferencia, la indistinción y el anonimato. Ahora bien, en cuanto se la plantea, toda pregunta referida a la conducta del coleccionista desaloja el objeto aureolado y lo sumerge en la niebla de la indistinción, el anonimato y la indiferencia. A quien se interese por la colección ambicionando explicarse una conducta, y a menos que se dé de bruces con cabezas cortadas alineadas en los estantes o con vaya a saber qué otro objeto más que curioso o en exceso patológico, le será en el fondo equilateral habérselas con un maniático de los sellos florales o de los orinales. Estudiar clínicamente al sujeto, piensa, es auscultar su interior. Por esto, en perfecta oposición al coleccionista, el objeto será indiferente. Sin embargo, importa. Altamente. Hasta el punto de poder concebirse una tipología de las colecciones y, sobre esa base, una clínica diferencial fundada en los objetos. Diversa, porque los objetos son diversos. En fin, no tanto. Clínica de los objetos, si se quiere.

En todos los casos, incluso en lo que atañe a los coleccionistas, las clasificaciones se basan en el objeto. De ahí esa especie de clínica barroca que va del filatelista al maniaco de las cucharitas de plástico en forma de Victoria de Samotracia, del numismático al fanático de las etiquetas de cajas de camembert soviéticas, pasando por el especialista en orinales blasonados del siglo XI o por el entusiasta de las copas de champán de cristal congolés.